CAPÍTULO II

Las revoluciones religiosas.

§ 1.—IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE UNA REVOLUCIÓN RELIGIOSA PARA LA COMPRESIÓN DE LAS GRANDES REVOLUCIONES POLÍTICAS.

Una parte de esta obra será consagrada á la Revolución francesa. Esta revolución está llena de violencias que tienen, naturalmente, sus causas psicológicas.

Aquellos sucesos excepcionales sorprenden siempre, y parecen hasta inexplicables. Llegan á ser comprensibles, sin embargo, si se considera que la Revolución francesa, constituyendo una nueva religión, debía obedecer á las leyes de la propagación de todas las creencias. Sus furores y sus hecatombes se hacen entonces muy inteligibles.

Estudiando la historia de una gran revolución religiosa, la de la Reforma, veremos que un gran número de elementos psicológicos que figuraron obraron igualmente durante la Revolución francesa. En una y en otra se comprueba la poca influencia del valor racional de una creencia sobre su propagación, la ineficacia de las persecuciones, la imposibilidad de la tolerancia entre creencias contrarias, las violencias y las luchas desesperadas,

resultantes del conflicto de diversos credos. Todavía se observa la explotación de una creencia, por intereses muy independientes de ella. Se ve, en fin, que es imposible modificar las condiciones de los hombres sin modificar también su existencia.

Una vez comprobados estos fenómenos aparecerá claro, por qué el evangelio de la Revolución se propagó por iguales métodos que todos los evangelios religiosos, sobre todo el de Calvino. Además, no hubiera podido propagarse de otra manera.

Pero si existen estrechas analogías entre la génesis de una revolución religiosa, tal como la Reforma y la de una gran revolución política como la nuestra, sus consecuencias lejanas son muy diferentes, y así se explica la desigualdad de su duración.

En las revoluciones religiosas, ninguna experiencia puede revelar á los fieles que se han engañado, porque habrían de ir al cielo para saberlo. En las revoluciones políticas la experiencia muestra en seguida el error de las doctrinas, y obliga á abandonarlas.

Así fué como al fin del Directorio la aplicación de las creencias jacobinas había conducido á Francia á un tal estado de ruina, de miseria y de desesperación, que los más convencidos jacobinos hubieron de renunciar ellos mismos á su sistema. Sobrevivieron solamente de sus teorías algunos principios no despreciables por la experiencia, tal como la felicidad universal, que la igualdad debiera hacer reinar entre los hombres.

§ 2.—LOS COMIENZOS DE LA REFORMA Y SUS PRIMEROS ADEPTOS.

La Reforma debía acabar por ejercer una profunda influencia sobre los sentimientos y las ideas morales de muchos hombres. Mas modesta en sus comienzos, fué primeramente una simple lucha entre los abusos del clero, y desde el punto de vista práctico, un retorno á las prescripciones del Evangelio.

Jamás constituyó en todo caso, como se ha pretendido, una aspiración hacia la libertad de pensamiento. Calvino era tan intolerante como Robespierre, y todos los teorizantes de la época consideraban que la religión de los súbditos debiera ser la del príncipe que los gobernaba. En todos los países donde se estableció, en efecto, la Reforma, el soberano sustituyó al Papa romano con los mismos derechos é igual poder.

Falta de publicidad y de medios de comunicación, la nueva fe se propagó al principio bastante lentamente en Francia. Sólo en 1520, cuando Lutero reclutó algunos adeptos y hacia 1535, se esparció la creencia lo bastante para que se juzgase necesario quemar á sus discípulos.

De acuerdo con una ley psicológica muy conocida, las ejecuciones no hicieron sino favorecer la propagación de la Reforma. Entre sus primeros fieles se contaban sacerdotes y magistrados, pero principalmente oscuros artesanos. Su conversión se operó casi exclusivamente por contagio mental y sugestión.

En cuanto se propaga una nueva creencia, se ve cómo se agrupan en torno á ella muchos hombres indiferentes á la misma, pero que encuentran pre-

texto para saciar sus pasiones y codicias. Este fenómeno se observó en el momento de la Reforma en varios países, en Alemania y en Inglaterra sobre todo. Habiendo declarado Lutero que el clero no tiene necesidad de riquezas, los señores alemanes encontraron excelente una religión que les permitía apoderarse de los bienes de la Iglesia. Enrique VIII se enriqueció por medio de una operación análoga.

Los soberanos, molestados á menudo por los Papas, no podían acoger, en general, sino con gran contento, una doctrina que añadía á su poder político el poder religioso, haciendo un Papa de cada uno de ellos. Lejos de disminuir el absolutismo de los jefes, la Reforma no hizo, pues, sino exagerarlo.

§ 3.—VALOR RACIONAL DE LAS DOCTRINAS DE LA REFORMA.

La Reforma agitó á Europa, y casi arruinó á Francia, transformándola en campo de batalla durante cincuenta años. Nunca causa tan insignificante, desde el punto de vista racional, produjo tan grandes efectos.

Es una de las innumerables pruebas que demuestran que las creencias se propagan fuera de toda razón. Las doctrinas teológicas que cenmovieron entonces las almas tan violentamente, y sobre todo las doctrinas de Calvino, son, respecto á la lógica racional, indignas de examen.

Muy preocupado por su salvación, temiendo al diablo tan exageradamente, que su confesor no lograba calmarlo, Lutero buscaba los medios más seguros de agradar á Dios para evitar el infierno.

Después de haber comenzado por negar al Papa el derecho de vender indulgencias, negó por completo su autoridad y la de la Iglesia; condenó las ceremonias religiosas, la confesión, el culto á los santos, y declaró que los cristianos no debían tener otras reglas de conducta que las de la Biblia. Consideraba, además, que nadie podía salvarse sin la gracia de Dios.

Esta última teoría, llamada de la predestinación, un poco vaga en Lutero, fué precisada por Calvino, que hizo el fondo mismo de una doctrina á la que obedece todavía la mayoría de los protestantes. Según él: «De toda eternidad, Dios ha predestinado á ciertos hombres á que sean quemados; salvados otros.» ¿Por qué esta monstruosa iniquidad? Sencillamente, porque «es la voluntad de Dios».

Así, según Calvino, que no hizo además sino desarrollar ciertos asertos de San Agustín, un Dios todopoderoso hubiérase divertido en fabricar criaturas para enviarlas al fuego durante toda la eternidad, sin tener en cuenta sus acciones y sus méritos. Es maravilloso que tan conturbadora locura haya podido subyugar las almas durante tanto tiempo y subyugue á muchas todavía (1).

La psicología de Calvino no está sin relación con la de Robespierre. Poseedor como este último de la

(1) La doctrina de la predestinación continúa enseñándose en los catecismos protestantes, como lo prueba el párrafo siguiente tomado de la última edición de un catecismo oficial que encargué á Edimburgo:

«By the decree of God, for the manifestation of his glory, some men and angels are predestinated unto everlasting life, and others foreordained to everlasting death»

These angels and men, thus predestinated and foreordained, are particularly and unchangeably designed; and their number is so certain and definite, that it cannot be either increased or diminished.

Those of mankind that are predestinated unto life, God, before the

verdad pura, enviaba á la muerte á quienes no profesaban sus doctrinas. Dios, aseguraba, quiere: «que se dé al olvido toda humanidad cuando de combatir por su gloria se trata.»

El caso de Calvino y sus discípulos, muestra que las cosas más racionalmente contradictorias se concilian perfectamente en los cerebros hipnotizados por una creencia. A los ojos de la lógica racional parece imposible asentar una moral sobre la teoría de la predestinación, porque los hombres, hagan lo que hagan, están seguros de salvarse ó condenarse. Sin embargo, Calvino no tuvo dificultad en crear una moral muy severa sobre una base totalmente ilógica. Considerándose como elegidos de Dios, sus sectarios estaban tan henchidos de orgullo por la conciencia de su dignidad, que se creían, por su conducta, como dignos de servir de modelos.

§ 4.—PROPAGACIÓN DE LA REFORMA.

La nueva fe se propagó, no por discursos, y todavía menos por razonamientos, sino por el mecanismo descrito en nuestra obra precedente, es decir,

foundation of the world was laid, according to his eternal and immutable purpose, and the secret counsel and good pleasure of his will, hath chosen in Christ unto everlasting glory, out of his mere free grace and love, without any foresight of faith or good works, or perseverance in either of them, or any other thing in the creature, as conditions, or causes moving him thereunto; and all to the praise of his glorious grace.

As God hath appointed the elect unto glory, so hath he, by the eternal and most free purpose of his will, foreordained all the means thereunto. Wherefore they who are elected being fallen in Adam, are redeemed by Christ; are effectually called unto faith in Christ by his Spirit working in due season; are justified adopted, sanctified and kept by his power through faith unto salvation. Neither are any other redeemed by Christ, effectually called, justified, adopted, sanctified, and saved, but the elect only.

bajo la influencia de la afirmación, de la repetición, del contagio mental y del prestigio. Las ideas revolucionarias se esparcieron más tarde en Francia de la misma manera.

Las persecuciones, como decíamos más arriba, no hicieron sino favorecer esta extensión. Cada ejecución traía nuevas conversiones, como se hubo observado en los primeros tiempos del Cristianismo. Anne Dubourg, consejero del Parlamento, condenado á ser quemado vivo, fué á la hoguera exhortando á las gentes á convertirse. «Su constancia, al decir de un testigo, hizo entre los jóvenes escolares más protestantes que los libros de Calvino.»

Para impedir que los condenados hablasen al pueblo, se les cortaba la lengua antes de ser quemados. Se aumentaba el horror del suplicio atando á las víctimas á una cadena de hierro que permitía colocarlos sobre la hoguera y retirarlos en varias instancias.

Sin embargo, nada impulsaba á los protestantes á retractarse cuando se les ofrecía el perdón después de haberles hecho sentir el fuego.

En 1535, Francisco I, abandonando su primitiva tolerancia, dió orden de encender seis hogueras en París. La Convención se limitó, como es sabido, á una sola guillotina en la misma ciudad. Es probable, además, que los suplicios no fueran muy dolorosos. Se había ya observado la insensibilidad de los mártires cristianos. Los creyentes están hipnotizados por su fe, y hoy sabemos que ciertas formas de hipnotismo engendran la insensibilidad completa.

La nueva fe progresó rápidamente. En 1560 existían en Francia 2.000 iglesias reformadas, y mu-

chos grandes señores, al principio bastante indiferentes, se adherían á la doctrina.

§ 5.—CONFLICTO ENTRE DIFERENTES CREENCIAS RELIGIOSAS.—IMPOSIBILIDAD DE LA TOLERANCIA.

Ya he repetido que la intolerancia acompaña siempre á las creencias fuertes. Las revoluciones religiosas y políticas proporcionan numerosas pruebas, y nos muestran también que la intolerancia entre sectarios de religiones vecinas es mucho mayor que entre los defensores de creencias alejadas, el Islamismo y el Cristianismo, por ejemplo. Si, en efecto, se consideran las creencias que perturbaron á Francia durante tan largo tiempo, se observará que no diferían más que en puntos accesorios. Católicos y protestantes adoraban exactamente al mismo Dios, y no se diferenciaban sino en su manera de adorarlo. Si la razón hubiese desempeñado la parte más pequeña en la elaboración de su creencia, fácilmente hubiese mostrado lo que para Dios debiera ser bastante indiferente: verse adorado de tal ó cual manera.

No pudiendo influir la razón en el cerebro de los convencidos, protestantes y católicos, continuaron combatiéndose con ferocidad. Todos los esfuerzos de los soberanos para lograr reconciliarlos fueron en vano. Catalina de Médicis, viendo aumentar cada día el partido de los reformistas, á pesar de los suplicios, y atraer á su seno un considerable número de nobles y magistrados, creyó poderlos desarmar reuniendo en Poissy, en 1561, una asamblea de obispos y pastores con el propósito de fusionar ambas doctrinas. Tal empresa indica, á pesar de

su sutileza, hasta qué punto ignoraba la reina las leyes de la lógica mística.

No se citará en la historia un caso de creencia reducida por vías de refutación. Catalina de Médicis ignoraba todavía que si la tolerancia es en rigor posible entre individuos, es irrealizable entre colectividades.

Su tentativa fracasó, pues, completamente. Los teólogos, reunidos en asamblea, tiráronse á la cabeza los textos y se injuriaron, pero ninguno vaciló. Catalina creyó triunfar mejor promulgando, el año 1562, un edicto concediendo á los protestantes el derecho de reunirse para celebrar públicamente su culto.

Esta tolerancia, harto recomendable desde el punto de vista filosófico, pero poco acertada desde el punto de vista político, no tuvo más resultado que exasperar ambos partidos.

En el Mediodía, donde los protestantes eran los más fuertes, perseguían á los católicos, intentaban convertirlos, los ahogaban si no lo conseguían, y saqueaban sus catedrales. En las regiones donde los católicos eran más numerosos, los reformados padecían idénticas persecuciones.

Tales hostilidades necesariamente debían de engendrar la guerra civil. Así nacieron las llamadas guerras de religión que durante tanto tiempo ensangrentaron á Francia. Saqueadas las ciudades, asesinados los habitantes, la lucha pronto revistió aquel carácter de salvaje ferocidad, particular de los conflictos religiosos ó políticos, y que de nuevo descubriremos más tarde en las guerras de la Vendée.

Ancianos, mujeres, niños, todo era exterminado. Cierta barón de Oppede, primer presidente

del Parlamento de Aix, había ya servido de modelo haciendo matar, durante el espacio de diez días, con refinamientos de crueldad, á 3.000 personas y destruyendo tres ciudades y veintidós pueblos.

Montluc, digno antecesor de Carrier, mandaba arrojar vivos á los calvinistas en pozos hasta llenarlos. No eran más tiernos los protestantes. No des-cuidaban las iglesias católicas y trataban las tumbas y las estatuas al igual que los delegados de la Convención habían de tratar más tarde los reales sepulcros de Saint-Denis.

Bajo la influencia de estas luchas disgregóse Francia progresivamente, y á fines del reinado de Enrique III, hallábase dividida en verdaderas repúblicas municipales confederadas, formando otros tantos Estados soberanos. Disipábase el poder real. Los Estados de Blois pretendían imponer su voluntad á Enrique III, fugado de su capital. En 1577, el viajero Lippomano, que atravesó Francia, vió importantes ciudades, Orleans, Blois, Tours, Poitiers, completamente devastadas; en ruinas las iglesias y catedrales, profanadas las tumbas, etc. Aproximado era el estado de Francia hacia los últimos tiempos del Directorio.

Entre todos los sucesos de esta época, el que ha dejado más sombrío recuerdo, bien que tal vez no haya sido el más sangriento, fué la matanza de San Bartolomé en 1572, ordenada, según los historiadores, por Catalina de Médicis y Carlos IX.

No es necesaria una psicología muy profunda para comprender que ningún soberano pudo disponer tal suceso. La Saint-Barthélemy no fué un crimen real, sino popular. Catalina de Médicis, cre-

yendo amenazadas su existencia y la del rey por un complot que dirigían cuatro ó cinco jefes protestantes que se hallaban por aquel entonces en París, dió órdenes para que los matasen en sus casas, según los procedimientos sumarísimos de la época. La matanza que se desarrolló después se halla muy bien explicada por M. Batiffol, en los siguientes términos:

«Al anuncio de lo que ocurría, instantáneamente se corrió el rumor por todo París de que se estaba asesinando á los hugonotes; gentiles hombres católicos, soldados de la guardia, ballesteros, gentes del pueblo, todo el mundo se precipitó á la calle, arma al brazo, á fin de participar en la ejecución, y la matanza general comenzó á los feroces gritos de «¡muerte, muerte á los hugonotes!» Se mató, se ahogó y se ahorcó. Todo lo que era conocido como herético corrió la misma suerte. Fueron muertas en París 2.000 personas.»

Por vía de contagio, los provincianos imitaron á los habitantes de París, y fueron asesinados de seis á ocho mil protestantes.

Cuando el tiempo hubo enfriado algo las pasiones religiosas, todos los historiadores, aun los católicos, creyéronse obligados á indignarse contra la Saint-Barthélemy. Demostraron así la dificultad de comprender la mentalidad de una época con la de otra.

Con efecto, lejos de ser criticada, la Saint-Barthélemy provocó un entusiasmo indescriptible en toda la Europa católica. Felipe II deliraba de gozo al saber la noticia, y el rey de Francia recibió más felicitaciones que si hubiera ganado una gran batalla.

Pero fué sobre todo el papa Gregorio XIII quien demostró más viva satisfacción. Mandó fundir una medalla para conmemorar el feliz acontecimiento

(1), poner iluminaciones, disparar cañonazos, celebrar misas, y llamó al pintor Vasari para representar sobre los muros del Vaticano las principales escenas de la sangrienta noche, enviando más tarde al rey de Francia un embajador encargado de felicitarle efusivamente por su hermosa acción. Con detalles y minuciosidades históricas de esta naturaleza se llega á comprender el alcance de los creyentes. Los jacobinos del Terror tenían una mentalidad bastante parecida á la de Gregorio XIII.

Naturalmente, los protestantes no permanecieron indiferentes ante semejante hecatombe, y realizaron tales progresos, que en 1576 Enrique III vióse obligado á concederles, por el Edicto de Beaulieu, la absoluta libertad de cultos, ocho plazas fuertes y en los parlamentos, Cámaras compuestas mitad de católicos y mitad de hugonotes.

Estas forzadas concesiones no trajeron consigo tranquilidad alguna. Fué creada una liga católica con el Duque de Guisa á la cabeza, y las batallas continuaron. Sin embargo, las luchas no podían durar días y días. Sabido es cómo puso fin á ellas por un tiempo bastante largo Enrique IV por su abdicación en 1593 y por el Edicto de Nantes.

Habíase apaciguado la lucha, pero no terminado. Bajo el reinado de Luis XIII, los protestantes todavía se agitaban y Richelieu vióse obligado en

(1) La medalla debió ser distribuida entre muchos personajes, puesto que el departamento de medallas de la Biblioteca Nacional posee tres ejemplares: una en oro, otra en plata y otra en cobre. Esta medalla, reproducida por Bonnaní en su *Numism. Pontific.* (t. I, pág. 336), representa por un lado á Gregorio XIII y por el otro á un ángel golpeando con la espada á los hugonotes con este exergo: *Ugonotorum strages*, es decir, Matanza de los Hugonotes. (La palabra *strages* puede traducirse por carnicería ó matanza, sentido que tiene en Cicerón y Tito Livio, ó bien por desastre ó ruina, cuyo sentido tiene en Virgilio y Tácito.)

1627 á sitiar La Rochelle, donde perecieron 15.000 protestantes. Poseedor de un espíritu más político que religioso, el célebre cardenal mostróse después muy tolerante con los reformados.

Esta tolerancia no podía durar. Creencias contrarias no se hallan en presencia sin procurar aniquilarse cuando una se siente capaz de dominar á otra. Bajo Luis XIV, los protestantes, harto debilitados, habían renunciado forzosamente á toda lucha, y vivían pacíficamente. Su número era aproximadamente de 1.200.000, y poseían más de 600 iglesias regidas por unos 700 pastores. Siendo intolerable la presencia de estos heréticos en el suelo de Francia para el clero católico, se ensayaron contra ellos varias persecuciones. Como dieron pocos resultados, Luis XIV, en 1685, recurrió á las dragonadas (1), que hicieron perecer á muchos individuos, pero sin éxito. Fué preciso emplear procedimientos definitivos. Bajo la presión del clero, y sobre todo de Bossuet, fué revocado el Edicto de Nantes y los protestantes obligados á convertirse ó á abandonar Francia.

Esta funesta emigración duró mucho tiempo é hizo perder á Francia, según se dice, 400.000 habitantes, hombres sobremanera enérgicos, ya que tenían el valor de mirar más á sus conciencias que á sus intereses.

§ 6.—RESULTADOS DE LAS REVOLUCIONES RELIGIOSAS.

Si no se juzgaran las revoluciones religiosas más que por la sombría historia de la Reforma, nos ve-

(1) Persecución de los protestantes después del Edicto de Nantes, ejercida por los dragones reales.—(N. del T)

ríamos obligados á considerarlas como en extremo funestas. Pero todas no desempeñaron igual papel, y la acción civilizadora de varias de entre ellas fué considerable á todas luces.

Dando á un pueblo la unidad moral, aumentan en mucho su potencia material. Bien claro pudo apreciarse cuando una nueva fe traída por Mahoma transformó en un pueblo temible las impotentes y pequeñas tribus de la Arabia.

La nueva creencia religiosa no se limita á hacer un pueblo homogéneo. Logra aquel resultado que jamás filosofía ni código alguno lograron: transformar sensiblemente esto casi intransformable: los sentimientos de una raza.

Pudo comprobarse en la época cuando, la más pujante de las revoluciones religiosas registrada por la historia, acabó con el paganismo para sustituirlo por un Dios venido de las llanuras de Galilea. El nuevo ideal exigía el renunciamiento á todos los goces de la existencia para lograr la dichosa eternidad del cielo. Sin duda, un ideal de tal clase era fácilmente aceptable para los esclavos, los miserables, los desheredados desprovistos de todos los goces terrenos, á quienes se permitía un encantador porvenir á cambio de una vida sin esperanzas. Pero la austera existencia, fácilmente abrazada por los pobres, también lo fué por los ricos. En esto, sobre todo, se manifestó la potencia de la nueva fe.

No solamente transformó la revolución cristiana las costumbres, sino que ejerció en añadidura, durante dos mil años, una preponderante influencia sobre la civilización. Tan pronto como triunfa una nueva fe, todos los elementos de la civilización, adaptándose naturalmente, transforman inmediatamente esta civilización. Escritores, literatos, artis-

tas, filósofos no hacen sino simbolizar en sus obras las ideas de la nueva creencia.

Cuando una fe cualquiera, religiosa ó política, ha triunfado, no solamente no puede nada la razón sobre ella, sino que ésta última siempre encuentra motivos para interpretarla, justificarla y lograr de imponerla. Probablemente existían tantos oradores y teólogos en tiempo de Moloch, para probar la utilidad de los sacrificios humanos, como en otras épocas hubo para glorificar la Inquisición, la Saint-Barthélemy y las hecatombes del Terror.

No debe esperarse ver los pueblos, poseedores de arraigadas creencias, elevarse fácilmente á la tolerancia. Los únicos que la alcanzaron en el mundo antiguo fueron los politeístas. Las naciones que la practican en los tiempos modernos son aquéllas que igualmente podrían ser calificadas de politeístas, ya que, como Inglaterra y América, están divididas en innumerables sectas religiosas. Bajo idénticos nombres adoran en realidad dioses bastantes diferentes.

La multiplicidad de creencias que crea su tolerancia, acaba por crear también su debilidad. Nos hallamos en presencia de aquel problema psicológico no resuelto hasta aquí: poseer una creencia fuerte y tolerante á la vez.

La breve exposición que precede ha puesto de relieve el papel considerable desempeñado por las revoluciones religiosas, y mostrado al propio tiempo la potencia de las creencias. A pesar de su débil valor racional, conducen la historia é impiden á los pueblos ser un polvo de individuos sin fuerza ni cohesión. El hombre tuvo necesidad de ellas en todas las edades para orientar sus pensamientos y guiar su conducta. Ninguna filosofía ha conseguido todavía reemplazarlas.

CAPÍTULO III

Papel de los gobiernos en las revoluciones.

§ 1.—DÉBIL RESISTENCIA DE LOS GOBIERNOS EN LAS REVOLUCIONES.

Muchos pueblos modernos, Francia, España, Bélgica, Italia, Austria, Polonia, Japón, Turquía, Portugal, etc., han sufrido revoluciones desde hace un siglo. Se caracterizan lo más á menudo por su carácter instantáneo y por la facilidad con que sucumbieron los gobiernos atacados.

El carácter instantáneo se explica fácilmente por la rapidez del contagio mental, debido á los modernos procedimientos de publicidad. La débil resistencia de los gobiernos es más sorprendente. Implica ésta, en efecto, por su parte, una incapacidad total para no comprender ni querer nada, creada por una ciega confianza en su fuerza.

La facilidad con que caen los gobiernos no es tampoco un fenómeno nuevo. Más de una vez se ha comprobado, no sólo en un régimen autocrático, siempre derrotado por una conspiración palaciega, sino también por gobiernos perfectamente informados por medio de la prensa y sus agentes del estado de la opinión.

Entre estas caídas instantáneas, una de las más